

MADUREZ DE PABLO NERUDA

UNA POESÍA DIDÁCTICA.

ACE ya algunos años que se viene señalando el rumbo neoclásico de la última poesía de Neruda. La lectura de fragmentos del Canto general aparecidos en revista hacía pensar en un nuevo intento, a la manera de la Allocución a la poesía y de la Oda a la agricultura de la zona de tórrida, de Andrés Bello. Así lo dijo, en estas mismas páginas, Sarandy Cabrera. Y luego del Canto general (1950) en que el poeta cumple el inventario de la geografía y la historia de América, repasa el mundo americano del pasado y hunde su mirada en el mundo americano del presente, para mostrar sus luchas sociales y su miseria y su gran esperanza; después de Las Uvas y el Viento (1954) en que el viajero de la otra mitad del mundo reparte su cosecha de visiones y testimonios y, poseído de fe comunista, canta un mundo en construcción, Pablo Neruda canta ahora a las cosas elementales. Y su poesía parece inscribirse en la línea más clara, más pura, de un neoclasicismo perdido (en las primeras décadas del siglo XIX) y vuelto a encontrar en la madurez de este siglo por el poeta.

Es la suya una poesía didáctica, una poesía que enseña, que muestra y describe, que extrae conclusiones, que adoctrina, corrige o estimula. Una poesía que se teme decir:

Así es la historia,
y ésta
es la moral
de mi poema

—como en la Oda al cacto de la costa; una poesía creada por quien declara (Oda, al hombre sencillo):

tengo una obligación terrible
y es saberlo,
saberlo todo,
día y noche saber

—por quien, en la misma Oda, confirma:

mi obligación es ésta:
ser transparente,

Porque el primer deber de este poeta es atestiguar el mundo, dar fe de él. ¿Para quién? No para sí mismo, como los pálidos poetas malditos, encerrados en la melancolía, entre las ruinas de su propio mundo deshecho. Sino para los hombres, para todos los hombres, como dice el mismo poema:

cada día
me educo,
cada día me peino
pensando cómo piensas,
y ando
como tú andas,
como, como tú comes,
tengo en mis brazos a mi amor
como a tu novia tú,
y entonces
cuando esto está probado,
cuando somos iguales
escribo,
escribo con tu vida y con la mía,
con tu amor y los míos,
con todos tus dolores

El poeta se debe al pueblo (que es la poesía, como dice en la Oda al hombre invisible); el poeta ya no tiene tiempo para sí mismo, para su vida personal:

yo quiero
que todos vivan
en mi vida
y canten en mi canto,
yo no tengo importancia
no tengo tiempo
para mis asuntos,
de noche y de día
debo anotar lo que pasa,
y no olvidar a nadie.

Porque su gran deber, su único deber, es cantar a todos y darles con su canto un sentido para la vida, enseñarles a ser con su canto.

Dadme para mi vida,
todas las vidas,
dadme todo el dolor
de todo el mundo,
yo voy a transformarlo
en esperanza.

Por eso el poeta no puede detenerse sólo a cantar su propia historia, su propia experiencia. Y si lo hace es porque sabe que en lo que está cantando se encierra una enseñanza para todos. O como él mismo dice en uno de los

Por EMIR RODRIGUEZ MONEGAL



TOMO

SALAZAR

LOS cincuenta años terrestres de Pablo Neruda fueron marcados por la aparición de un volumen de Odas Elementales (Buenos Aires, Editorial Losada, 1954) que contenía su última producción poética, el último rumbo de su poesía. A este volumen ha sucedido ahora otro que es su continuación y natural complemento: Nuevas Odas Elementales (Buenos Aires, Editorial Losada, 1956). Con ambos a la vista es posible comprender mejor la empresa en que está empeñado el poeta y a la que dedica desde hace algunos años su vocación de creador. Se advierte mejor que el propósito de cantar "las cosas sencillas para los hombres sencillos" no emana únicamente de una consigna del partido, de una sujeción a las fórmulas (hoy tan descreídas hasta por los formulantes) del realismo socialista. Con la perspectiva de los dos libros se toca mejor ese nuevo (y viejo) mundo poético cuyo inventario traza ahora Neruda y que parece marcar —parece, digo— una reacción tan completa con respecto al mundo, aceptado y hasta celebrado, de Residencia en la Tierra. Por eso tal vez no sea tarea ociosa —ahora que el poeta va a repasar entre nosotros algunos poemas de este ciclo— el análisis de las líneas fundamentales de su última poesía.

pasajes más prosaicos de esta nueva poesía:

No se sorprenda nadie porque quiero
entregar a los hombres
los dones de la tierra
porque aprendí luchando
que es mi deber terrestre
propagar la alegría.

Y ejemplo mi destino con mi canto.

Aun cuando se sienta tentado ahora
a cantar la belleza, la pura e inútil
belleza de algo, lo hará sabiendo que
esa belleza encierra también una enseñanza
para los hombres. Y cantará a
la gaviota suspendida sobre los pinares
de la costa pero agregará a su canto
esta advertencia:

Otro poeta
aquí
terminaría
su victoriosa oda.
Yo no puedo
permitirme
sólo
el lujo blanco
de la inútil espuma.

La Poesía, piensa este poeta de cincuenta años, debe ser útil, debe enseñar. Y en la Oda que le dedica aclara:

Yo te pedí que fueras
utilitaria y útil,
como metal o harina,
dispuesta a ser arado,
herramienta,
pan y vino,
dispuesta, Poesía,
a luchar cuerpo a cuerpo
y a caer desangrándote.

En la Oda que abre las Nuevas Odas Elementales, como pórico y manifiesto poético de su última poesía, declara terminantemente este poeta, este maestro:

Yo destroné la negra monarquía,
la cabellera inútil de los sueños,
pisé la cola
del reptil mental,
y dispuse las cosas
—agua y fuego—
de acuerdo con el hombre y con la
[tierra.

Quiero que todo
tenga
empuñadura,
que todo sea
faza o herramienta.
Quiero que por la puerta de mis
[odas
entre la gente a la ferretería.

Y cuando en la primera de las Odas a la Crítica se enfrenta a quienes lo atacan por no ser ya poeta oscuro y hermético, o por no ser todavía poeta bastante simple y transparente, lo ataquen por esto o por aquello, dirá (para enseñarles a ellos también), y con orgullo, que los hombres y las mujeres

En una línea de mi poesía
secaron ropa al viento
Comieron
mis palabras,
las guardaron
junto a la cabecera,
vivieron con un verso,
con la luz que salió de mí costado.

Su poesía había alcanzado entonces su destino manifiesto, su poesía había alcanzado al pueblo.

EXPERIENCIAS ELEMENTALES

PERO ¿qué enseña este poeta didáctico, además de enseñar que la poesía es para el pueblo y que el poeta es la voz del pueblo? ¿Qué enseña además de su esperanza en una sociedad sin clases, su esperanza en un régimen político nuevo? Porque las Odas Elementales (viejas y nuevas) no están únicamente destinadas a explicar la misión del poeta en el mundo o su confianza en una fórmula política actual. En realidad, el poeta va a comunicar en ellas su sabiduría del mundo. Más que enseñar lo que ya dicen y repiten folletos y editoriales, esa ingenua y directa propaganda preelectoral, el poeta va a cantar en esta su poesía didáctica los temas esenciales del hombre: los elementos que componen el mundo material, ya sea en sus formas puras (el Aire, el Fuego, el Mar), ya en sus formas más concretas e individuales: en la Cebolla que enriquece el paladar, en el Tomate que es también un deleite a la vista, y en las Aves que pueblan el aire o la oreja, en el Traje que nos abrazan cotidianamente, en los Calcetines que pueden ser transformados por el entusiasmo y aparecer convertidos en maravillosos pájaros tropicales. Y junto a las cosas elementales o a los mismos elementos, el poeta cantará las experiencias elementales: el Amor, la Alegría, la Claridad, y también ese mundo oscuro de la Envidia y del Murmullo que parece cercarlo y marchitar ocasionalmente ese canto límpido y positivo.

Porque si el poeta sólo enseñara, monótona, cíclicamente, las doctrinas del Partido, su poesía serviría tan sólo para aquellos convencidos de la fe del poeta, ilustraría apenas a quien ya llegan adoctrinados. Pero lo que da verdadera fuerza comunicativa a estas Odas Elementales es que ellas no nacen de una doctrina sino de una experiencia humana concreta: la experiencia de este hombre, de este poeta. Es la experiencia de la solidaridad dentro de un credo particular. Pero al expresarse en poesía, esa solidaridad humana se abre y permite entrar aún a quienes no compartan el credo. Porque se apoya en una intensidad de vida y de pasión que es de todos.

Lo poesía de las Odas no arranca en realidad de la consigna política sino que desemboca en ella. Y esto es lo que asegura su universalidad y, también, su permanencia. Porque Neruda parte de alguna experiencia humana concreta y compartible: el reloj que suena en la noche desde la mufeca de la mujer amada; la tempestad que parece destruir la casa, que pone el mundo en cuestión para disolverse en lluvia fecunda, en sueño; la herida de la vanidad, el rasguño en la expuesta piel de cada uno, que levanta como una marea incontenible la réplica del sarcasmo y (a veces) del insulto.

Y de esa experiencia, de esas miles de experiencias que las Odas registran con amor y minucia, se alza Neruda hasta lo universal humano y concluye en la fórmula de su doctrina. Hasta allí puede seguirse. Y a veces más allá aun. Pero no siempre. Porque no siempre la poesía atraviesa intacta esa

(Pasa a la pág. siguiente)

UNA parte no muy abultada de la producción narrativa de Quiroga supera un análisis severo (el único que la inteligencia y la honradez permiten) y determina el ingreso de este autor en la literatura. La presencia de Horacio Quiroga es viva y actuante y no sería arriesgado afirmar que se perfilará aún más con el tiempo. Estos pocos pero memorables cuentos de Quiroga pueden resistir los cambios del gusto, las veleidades de la moda. Resisten, también, (o esquivan) la palinodia, el elogio irresponsable, la pereza mental.

Este "MAS ALLA", que ha reeditado Losada de Buenos Aires, contribuye a la cuota de inmortalidad de Horacio Quiroga con un cuento: "El Hijo". Del resto de las piezas insertas en el presente volumen merecen atención el relato que da título al libro; "Las Moscas", y acaso "La Bella y la Bestia"; este último por su buen humorismo. De cualquier manera, estos cuentos mezclan virtudes y defectos. Las otras producciones, aun sin descartar algún acierto parcial, no deberían ser mencionadas, en honor de Horacio Quiroga. Como más abajo se alude con larga preferencia a "El Hijo", un trabajo admirable del escritor salteño, no sobra espacio para ironizar a propósito de las frustraciones ostensibles en "MAS ALLA".

"Las Moscas" es, casi por completo, un cuento brillante. Quiroga ha alternado con habilidad el relato en primera y tercera persona. No es extraño que este nuevo hombre muerto hable de sí en tercera persona. El hombre llega a verse a sí mismo ya enajenado por la muerte —llega a ver ese cadáver. Este gran acierto de enfoque, algunos párrafos de contenido patético ("...las lluvias se sucederán mojando corteza y ropa...", etc.) están mitigados por dos gruesas faltas de estilo. Escribe Quiroga, increíblemente: "esta exasperada conciencia de vivir" y "esta tremenda tortura psicológica". Aunque tales infelicidades se localicen en oraciones conjugadas en tercera persona, son, en cualquier caso, de gusto indigno.

No cabe duda de que "El Hijo" es el mejor cuento de este volumen, y uno de los mejores de Quiroga. Son varias las cualidades que luce Qui-



PRESENCIA DE HORACIO QUIROGA

A propósito de MAS ALLA

Por ALBERTO PAGANINI

roga pero debe señalarse, primeramente, una: el cuento está eficazmente, (correctamente) redactado. Esta virtud no es exigua ni obvia en la literatura uruguaya. No debe destacarse solamente el hecho de que Quiroga practica, sin fetichismos, la sintaxis y aun la mera puntuación, (aunque Quiroga nunca se creyó con méritos suficientes como para deslumbrar a la Academia). Quiroga sabía encontrar el sustantivo —o el verbo— adecuados (recuérdese su Decálogo); no precisaba de fatigados circunloquios. "El Hijo" es un cuento ceñido, conciso. No se diluye en el palabrerío o en la efusión. En muchos momentos de la prosa quiroguiana hay fuerte poesía dicha con sequedad, con irradiación.

Pero "El Hijo" muestra excelencias menos modestas. El acierto fundamental es la utilización del estilo indirecto. Este estilo indirecto establece cierta exacta, pudorosa distancia entre el protagonista y el lector. Quiroga pudo echar mano (acaso descubrir) el monólogo interno, alguna forma exasperada del estilo directo para decir el temor y la alucinación de "ese padre". Pero el cuento es más sobrecogedor contado por un testigo impersonal —cuya emoción apenas se ve— que por el propio padre. Otro acierto —genial— es el contraste entre el plano de la realidad y el plano de la alucinación o del simple temor. El cuento trans-

curre en estos dos planos y Quiroga los sincroniza impalpablemente. Aunque Quiroga diga, desde el comienzo, que el padre tiene la vista y el estómago débiles y padece alucinaciones, el acierto radica en que no se sabe bien qué es realidad y qué es alucinación. El lector, situado en otro punto de vista que el del protagonista —por el dato que le suministra Quiroga—, está al acecho de la alucinación. Sabe que el padre creará encontrar muerto a su hijo bajo un árbol, en cualquier instante. Como lo vio rodar envuelto en sangre, un día, cuando limaba la hebilla del cinturón. Pero, cuando el padre abraza al hijo y le reprocha su ausencia ¿por qué se lo cree el lector? Naturalmente, lo que vale aquí es la primera lectura, la lectura menos "literaria". La más ingenua y auténtica. No sólo el padre está alucinado. También el lector.

Esto, desde el punto de vista del lector. Desde el punto de vista del protagonista, los planos mencionados juegan más finamente aún. El padre le pregunta al hijo si ha matado las garzas ("nimio detalle, después de todo") y el hijo le dice que No. Claro; desde las diez todo estuvo en silencio. A las diez hubo una detonación. Sí, la escopeta había detonado y eran dos palomas de menos en el monte. Aquí puede nacer la sospecha del lector; algo terrible puede adivinarse. Pero el hijo está vi-

vo, y su respuesta el "nimio detalle", termina de disuadirlo, pese a su ambigüedad. Aquí coinciden lector y protagonista. Pero luego del disparo de la escopeta la alucinación del padre había rozado la realidad: "Al pie de un poste, con la escopeta descargada al lado...". El lector protesta, no quiere creerlo. El lector es un lúcido más. Un segundo antes Quiroga le había anticipado el desenlace: "Por las picadas rojas de sol va el padre buscando a su hijo que acaba de morir". Esto no es estilo indirecto, esto no es lo que piensa el padre. Es, simplemente, lo que ha sucedido. Y el narrador lo dice abusando magníficamente de sus derechos. Al total, el lector no lo entenderá, no le creerá. En todo esto hay un manejo imponderable (sin duda intuitivo, y por eso tanto más genial) de las posibilidades narrativas. Todos los elementos de la creación literaria —incluidas las reacciones del lector, ese desconcertado— están trabados en un juego de sutil mecánica.

El recurso de la alucinación no sólo permite estas excelencias. No sólo asesta el desenlace, no sólo imparte la ironía trágica. Es un elemento ahondador en el alma del padre, permite reunir en un personaje dos de sus temas preferidos: los desarreglos mentales (que aquí no son extravagancias) y el tema del amor paterno (dicho aquí con intensidad insuperable). Lo extraordinario del caso es que ambos temas, al entrecruzarse, al superponerse, se benefician, se potencian recíprocamente. Advértase la economía de elementos. Advértase cómo un solo rasgo de invención o de composición se multiplica y trasciende. Advértase que algunos de los temas que maneja Quiroga —el horror, la locura, por ejemplo— quizá estén subordinados al auge de un gusto literario, y a su probable decadencia. También ese realismo cruel de Quiroga —preferido por algunos corazones literarios— sufrirá los vaivenes de la moda. Pero la artesanía, y el rigor, y la sobriedad, y otras tantas virtudes de realización parecen al margen de los cambios de gusto. En este sentido Quiroga no está ligado a una época. Advértase (finalmente) que Quiroga es —hoy— un escritor, no una vaniloca, empecinada tradición.

(Viene de la página anterior) última zona doctrinaria. No siempre la capacidad de crear acompaña al poeta hasta la moraleja política. Muchas veces la Oda ha terminado ya su destino poético y el poeta, o tal vez el político, la sigue estirando, cubriendo los espacios en blanco con palabras que ya no son poesía, sino proclama.

Sin embargo, hay en las 118 Odas de ambos libros, unas cincuenta en que la poesía se realiza cabalmente, en que no sólo el oficio (el docto oficio del forjador, de que hablaba Machado) es evidente; hay unas cincuenta Odas en que la misma voz poética de arrolladora facilidad, de enorme y soberano descuido, de prosaísmo irredento, que aflige tan grande parte de la última poesía de Neruda, ha sido levantada hasta regiones en que la simplicidad no es sólo un rótulo para distimular el vacío.

EL DESQUITE DEL POETA.

EN una conversación sostenida con el poeta en febrero de 1954, antes de que se publicaran en volumen las primeras Odas Elementales, éste afirmó que su propósito era crear una poesía que se entienda, que trate de cosas sencillas e importantes, que había que dejar el camino de los poetas malditos. Dijo también que quería crear una poesía de afirmación, de verdad y belleza, de fe en la vida, de victoria, de confianza en el futuro. Agregó (y esto es lo que importa ahora) que a veces se le colaba la poesía hermética "que me gusta mucho".

Porque no de balde se ha sido el poeta de Residencia en la Tierra, el poeta de un mundo caótico y superrealista, un mundo hecho de imágenes destrazadas, extrañas del fondo más oscuro del subconsciente, un mundo hecho de sueño y pesadilla, de alucinación de ojos bien abiertos, de total recreación

del universo visible y de la experiencia cotidiana. El poeta ha renunciado a su libro de entonces ("No he podido retirarlo por completo de la circulación, pero no lo recomiendo", declaró en Santiago, enero 1954. "Si yo fuera Gobierno prohibiría su lectura a los jóvenes") pero no ha renunciado a la poesía. Por eso, en medio de las imágenes más sencillas, en medio del mundo más terso y cotidiano, se alzan en estas Odas las imágenes extraídas del vivo fondo oscuro, de la experiencia intransferible, del poeta maldito.

Sería ociosa tarea la de efectuar aquí el recuento de esas imágenes. Baste analizar, parcialmente, la Oda a la Cebolla. Para cantar a tan humilde vegetal no sólo moviliza el poeta su entusiasmo, su imaginativa visión del objeto, sino que puebla de alusiones o menciones todo el poema. Tu vientre de rocío parece sólo una efusión realista. Pero versos más abajo, las hojas de la cebolla nacen "como espadas en el huerto" (en lo que hay una inconsciente alusión evangélica) y la tierra aparece creando la cebolla como si se tratara de un poeta culterano:

La tierra acumuló su poderío
mostrando su desnuda transparencia,
y como en Afroditia el mar remoto
duplicó la magnolia
levantando sus senos,
la tierra
así te hizo,
cebolla,
clara como un planeta,
y destinada
a relucir,
constelación constante,
redonda rosa de agua,
—aunque debe reconocerse que este
nuevo Góngora concluye su tirada, diciendo:
sobre
la mesa
de las pobres gentes.

El poeta no ha muerto. Por el contrario, en esta aparente simplicidad, en este volverse hacia las cosas elementales, ha encontrado una forma de renacimiento, un volver a los orígenes y fuentes de la poesía que estaba necesitando. Porque la forma de su poesía en Residencia ya mostraba señales de agotamiento, ya corría el riesgo de convertirse en manera, incesante, cíclica repetición de los mismos recursos, de las mismas deslumbrantes sorpresas esperadas. Todavía en estas Odas sobreviven restos de aquel suntuoso naufragio del mundo. Todavía se encuentran aquí algún esqueleto de vidrio, algunos párpados de brisa, alguna comarca cárdena del luto, algún linaje de la leña y de la harina, algún útero verde de la piedra, que muestran que el imaginero de Residencia está sumergido pero no muerto en el poeta — las Odas. Pero ahora la imagen no es el centro de esta poesía.

Y esto es lo que no entienden quienes sólo saben pedir al poeta que continúe haciendo lo que tan bien ha he-

cho hasta ahora: que el poeta necesita dejar de hacer lo que ha hecho, que el poeta necesita ser ante todo, y esto implica renovarse, abandonar la vieja piel (por brillante y hermosa que sea), asumir la nueva voz, equivocarse y experimentar, buscar. Quienes hubieran querido (y quisieron) que Darío no abandonara nunca las marquetitas de su apócrifo Versailles para dar (y darnos) esa poesía patética, honda, suya, de Cantos de vida y esperanza; quienes hubieran querido que Machado recorriera monótonamente las galerías de sus soledades y no entrara en ese mundo duro y seco, de muerte y realidad, que descubren los Campos de Castilla, ahora no quieren que Neruda abandone la poesía de las Residencias en busca de su madurez. Pero el poeta sabe más.

NOTA. — Esta es la primera de una serie de dos notas sobre la última poesía de Pablo Neruda. En el próximo número se publicará la segunda, que trata de las raíces de su nueva experiencia poética.



feria del libro

Todos los libros y más baratos
18 DE JULIO 1308 - TEL 8 42 48

POR REFORMAS DEL LOCAL
ATENDEMOS ENFRENTÉ
18 DE JULIO 1321 AL LADO DEL CINE
TROCADERO
GRANDES REBAJAS EN TODOS LOS LIBROS
REALIZAMOS STOCK ANTIGUO
LIBROS DE ARTE A MITAD DE PRECIO
OPORTUNIDADES
a 0.25 - 0.45 - 0.95 VISITENOS - ENTRADA LIBRE
1.45 - 1.95 - 2.45 - 2.95 Al interior enviamos catálogo